

1. -- P. [Carmen Mele](mailto:cmeleop@yahoo.com) OP <cmeleop@yahoo.com>
2. -- P. [Jude Siciliano](mailto:FrJude@JudeOP.org) OP <FrJude@JudeOP.org>

1.

P. **Carmen Mele** OP <cmeleop@yahoo.com>

2.

"PRIMERAS IMPRESIONES"

29° DOMINGO -C-

19 DE OCTUBRE DE 2025

Éxodo 17:8-13; Salmo 121; 2 Timoteo 3:14-4:2; Lucas 18:1-18

Por: **Jude Siciliano**, OP

Queridos predicadores:

Los predicadores debemos ser cautelosos con la parábola de hoy de la viuda y el juez injusto, para no transmitir una imagen falsa de Dios. (Recuerden el mandamiento: «No tendrás dioses ajenos delante de mí»). Pues bien, si no tenemos cuidado, corremos el riesgo de predicar un «dios ajeno» e incluso de que parezca que lo que decimos suena legítimo o respaldado por esta parábola.

La trampa reside en nuestra tendencia moderna a ser demasiado literales. Con esto quiero decir que solemos pasar por alto el aspecto imaginativo de estas parábolas y aplicarles una fórmula estricta en nuestra interpretación. Se plantea así: el juez es Dios y nosotras somos las viudas. Así que, como la viuda, debemos orar incesantemente si queremos obtener lo que queremos de Dios. Si perseveramos, Dios acabará cediendo... ¿no es eso lo que parece implicar la parábola? Esta interpretación, o formas similares de interpretar las parábolas, las trata como alegorías, no como parábolas. Observen lo que esta interpretación le hace a nuestra fe: pinta a Dios como un hombre de corazón duro y a nuestra oración constante como agua que gotea sobre el corazón de piedra de un Dios reticente, con la esperanza de acabar desanimando a Dios por nosotros. Recuerden también que el juez de la parábola es injusto, lo que hace aún más peligroso alegorizarla, para que Dios no adopte las características de este juez en la imaginación de nuestros oyentes.

Si Dios se tergiversa tanto, nosotros, que oramos con fervor e incluso desesperación por algo, nos sentimos doblemente solos, sin nadie de nuestro lado contra el Dios Todopoderoso y aparentemente reticente. Si esto es lo que transmitimos, aunque sea involuntariamente, ¡habremos predicado un "dios extraño"! Ciertamente no el Dios de las palabras y acciones de Jesús. Esta falsa imagen solo reforzará el viejo estereotipo de un Dios tan ofendido por nuestro pecado, que nos castigaría severamente si no fuera por Jesús, el hijo amado de Dios que, con su fidelidad y sacrificio, detiene la mano airada de Dios. Esto hace que Dios parezca esquizofrénico —parcialmente con nosotros en Jesús, pero mal dispuesto como

nuestro Creador— con el Espíritu Santo yendo y viniendo entre nosotros, los humanos, y ambos tratando de atar los cabos sueltos.

Incluso si no tuviéramos la cita que nos indica que se trata de una parábola del evangelio de Lucas, podríamos adivinar fácilmente su autoría. La parábola tiene rasgos de un relato lucano, pues de nuevo escuchamos sus recurrentes temas sobre los pobres, las mujeres y la oración. Las viudas eran un grupo especialmente vulnerable en tiempos bíblicos, y en las Escrituras a menudo se hace referencia a «viudas y huérfanos», dos grupos particularmente vulnerables. Una viuda dependía del cuidado de sus hijos o de un pariente cercano. Era especialmente vulnerable si los hombres responsables eran indiferentes a su bienestar o, peor aún, la habían defraudado. En tales situaciones, una viuda recurría a un juez que se suponía debía proteger los derechos de las viudas y los pobres. Pero el juez al que acude nuestra viuda no tiene en cuenta su difícil situación y «no temía a Dios ni respetaba a nadie». ¿Qué posibilidades tendría contra un juez como este, que ignora los mandamientos básicos sobre Dios y el prójimo? Las cartas están en su contra y las cosas se ven bastante sombrías para ella en cuanto a si alguna vez recibirá lo que se merece.

¡Pero esta no es una viuda cualquiera! Se enfrenta al juez usando lo único que tiene a su favor: su voz y su persistencia. Lo que quiere es justicia, pero de un juez que no tiene el más mínimo interés en dársela; el único recurso que normalmente habría tenido no está interesado en su justa causa. Pero con su persistencia, desgasta al juez, quien finalmente cede. ¿No les resulta divertido oír el miedo del juez de que una viuda venga a "golpearlo"? El texto original sugiere que teme que le deje un ojo morado. Oigo a los oyentes de Jesús, a menudo privados de sus propios derechos ante los ricos y poderosos, reírse entre dientes mientras Jesús pinta esta imagen de una viuda "peligrosa" que le dará una buena paliza a un juez corrupto.

La difícil situación de la viuda evoca a quienes se ven privados de justicia en nuestra sociedad. Con las elecciones del próximo año acercándose, ¿qué voces escucharán tanto los políticos como los votantes en noviembre? ¿Qué intereses priorizarán? ¿Serán las voces de los pobres y los desposeídos e ignoradas por individuos y grupos de interés con mayor poder económico o de voto? Serían unas elecciones excepcionales si esto no ocurriera. Con frecuencia, los pobres, las minorías, los inmigrantes, las personas sin hogar, los enfermos, los ancianos y los muy jóvenes no son los primeros en la mente de quienes se postulan a un cargo público ni de quienes emiten votos. Podemos escuchar la voz de la viuda de otra manera, pues ahora habla por aquellos en nuestra sociedad que no son escuchados, a pesar de su justa y desesperada necesidad. ¿Escucharán su voz hoy los urbanistas que deciden dónde ubicar una nueva central eléctrica, un vertedero, una planta petroquímica o una refinería? ¿Quién influirá en los gobiernos municipales y federales cuando se tomen decisiones sobre qué viviendas se destruirán para construir una superautopista? Imagínese a la viuda parada entre los marginados y escuche su voz: "Haz una decisión justa por [nosotros] contra [nuestro] adversario".

Esta es una de esas parábolas de "¿cuánto más?". Jesús describe a un juez despreciable que finalmente cede a las insistentes exigencias de la viuda. Es como si dijera: "Si esta clase de persona finalmente responde, ¿cuánto más Dios?". ¿Por qué? Porque Dios no se ha vuelto contra nosotros y "asegurará los derechos" de sus

elegidos. Por supuesto, nuestra lucha radica en la gran injusticia que existe en nuestro mundo, especialmente para los marginados. Oramos para que las cosas se arreglen e incluso para poder ayudar a que así sea. Sin embargo, a menudo, las condiciones no mejoran, a veces incluso empeoran. ¿Acaso eso no te hace querer desesperar de que las cosas se arreglen alguna vez? Entonces, nos sentimos tentados a dejar de trabajar y a rezar. "¿De qué sirve?", nos lamentamos. Incluso cuando las cosas mejoran un poco, todavía hay una enorme montaña de errores que abordar: en nuestros hogares, iglesia, comunidad y el mundo. Sentimos que nuestros esfuerzos son insignificantes y nos sentimos tentados a retirarnos a nuestro mundo privado y decir: "¿Qué diferencia puedo hacer?"

Tales sentimientos nos tientan a abandonar nuestros esfuerzos de oración y obra por el reino de Dios. Jesús expresa la gravedad de los problemas, el poder de las fuerzas que nos acechan y parece preocuparse por las consecuencias para sus discípulos. Pregunta: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?». No es una pregunta ociosa ni especulativa, sino una que se basa en las experiencias de la iglesia desde sus inicios: los discípulos tienen que trabajar duro y orar hasta que el Señor regrese, y la espera, sin señales inmediatas de «éxito», puede desilusionarnos y amenazar nuestra fe.

Si buscamos una imagen de lo divino en esta parábola y no la encontramos en el juez, ¿existe otra posibilidad? Aquí tenemos otro enfoque de la estudiosa del Nuevo Testamento Barbara Reid (PARÁBOLAS PARA PREDICADORES: EL EVANGELIO DE LUCAS, AÑO C. Colledgeville: Liturgical Press, 2000). Reid sugiere encontrar la figura divina en la viuda que persiste en la injusticia, denunciándola hasta que se logra justicia. Esta interpretación es coherente con el mensaje del Nuevo Testamento de que el poder reside en la debilidad. Una conclusión que podemos sacar es que, si este es el Dios a cuya imagen estamos hechos, entonces nosotros también debemos buscar incansablemente la justicia, incluso si es contra fuerzas más poderosas de las que podemos conjurar.

Me gusta la imagen de la primera lectura para la oración. Aunque Moisés fue un modelo de fe poderoso y ejemplar en tiempos difíciles, a medida que la batalla contra Amalec se prolonga, sus manos alzadas se cansaron. Podemos identificarnos con esa fatiga, a quienes nos cuesta mantener las manos en alto en oración mientras la vida intenta desgastarnos. Incluso Moisés necesitó ayuda. Así, Aarón y Hur sostienen sus manos, uno de un lado y otro del otro, y sus manos permanecieron firmes hasta la puesta del sol. Todos necesitamos ayuda en nuestra lucha contra las fuerzas del mal y en nuestro deseo de permanecer fieles en tiempos difíciles.

Observen a quienes nos acompañan en esta Eucaristía. Vemos a los ancianos, incluso a los enfermos, aquí, todavía rezando. Sabemos de quienes no pueden levantarse de la cama para ir a la iglesia, pero también sabemos que están rezando y permaneciendo fieles. Ellos dan fuerza y determinación a nuestra oración vacilante; nos ayudan a mantener nuestras manos en alto. Quizás alguien nos note aquí en el culto. No nos consideramos grandes modelos de fe, pero ¿quién sabe qué alma desvalida que ora con nosotros se siente ayudada al vernos aquí? Quizás estemos ayudándoles a mantener sus manos vacilantes y cansadas en alto, con esperanza y oración.

Haga clic aquí para obtener un enlace a las lecturas de este domingo.
<https://bible.usccb.org/es/bible/lecturas/101825.cfm>

P. **Jude Siciliano**, OP <FrJude@JudeOP.org>